

## Prefacio

La cuestión de la nación estuvo en el corazón mismo de la independencia de América Latina. Esto es una afirmación banal y, a la vez, problemática. Banal, porque el carácter «nacional» de la independencia resulta un lugar común de la historiografía del siglo XIX, frecuentemente repetido por los estudios generales sobre la nación que florecen hoy en día. Problemática, porque desde hace ya varios años una mayoría de especialistas pone en tela de juicio, cada vez más, la existencia de naciones en la América hispana de la época independentista.

Las razones de esta diferencia son múltiples. Algunas son específicas de la América hispana. La preeminencia de la historiografía «nacional» es una consecuencia paradójica de la incertidumbre de la nación. Postularla y exaltarla desde los orígenes permite a la vez afirmar su presencia en el exterior y utilizarla como un medio de integración interior. Sólo las naciones indiscutiblemente reconocidas por la historia pueden permitirse estudiar los mitos tutelares de su nacimiento. Hay otras razones de orden general, y son las que se derivan del misterio aún presente en esta figura central de las identidades colectivas contemporáneas.

Desde este punto de vista, la América hispana resulta un extraordinario laboratorio para comprender la naturaleza y la génesis de la nación moderna, en la medida en que su surgimiento a principios del siglo XIX fue tan precoz como ambiguo. Efectivamente, los países hispanoamericanos fueron unos de los primeros en el mundo occidental —incluso antes que la mayoría de los países europeos— en recurrir a la nación para justificar su existencia independiente. Sin embargo, a diferencia de la Europa de los siglos XIX y XX, esta independencia no se presenta en modo alguno como el desenlace de unos movimientos nacionales o nacionalistas, sino como la consecuencia de la desintegración de una Monarquía de antiguo régimen. Más aún: la relación mantenida por los Estados surgidos de esta disolución con las comunidades que los precedieron o con las naciones que conocemos hoy en día, dista de ser obvia.

En la América hispana, sin duda más que en otras partes, es necesario hacer una distinción entre la nación como ideal y la nación en tanto comunidad realmente existente. En este trabajo, Véronique Hébrard se dedica a explicar esta diferencia y sus consecuencias. En la medida en que la nación se planteó primero como una referencia en el discurso de sus actores, esta obra pionera se ocupa, naturalmente, del análisis de este discurso. Por primera vez en un trabajo de esta importancia, la nación deja de ser un

postulado para convertirse en un problema y, por ende, en un objeto de investigación. Objeto tanto más pertinente por ser Venezuela, primer país en proclamarse independiente, uno de los que más ha destacado los mitos, los próceres y el culto nacionales, habiendo vivido además un eclipse en su nación, cuando formó parte durante diez años de aquella efímera nación que fue la Gran Colombia.

Estudiar la nación en esta época de sus orígenes no puede ser ni la hagiografía de una nación eterna, ni un procedimiento retórico destinado a dar coherencia al período que precedió a la independencia. La nación de aquellos primeros tiempos no fue un desenlace sino un comienzo. Más que un balance, fue un proyecto: la difícil puesta en práctica de un nuevo modelo de comunidad política surgido en el mundo occidental al final del siglo XVIII. La polisemia de la palabra «nación» constantemente analizada por la autora, expresa las múltiples dimensiones de la comunidad nueva que los hombres de la independencia trataron de construir.

La novedad tiene que ver ante todo con el carácter soberano de la comunidad en el doble registro de la legitimidad y la independencia. Ser nación es afirmar que todo poder viene del pueblo; lo cual, a la par que el rechazo al absolutismo, si no a la Monarquía, implicaba la construcción de una sociedad tendencialmente igualitaria puesto que se fundamentaba en una asociación de voluntades. Para los hombres de esa época también implicaba la creación de mecanismos de transferencia de la soberanía: del pueblo a las autoridades; unos mecanismos que, siguiendo el ejemplo de los precedentes de Francia y Estados Unidos, no podían ser sino electorales. Pero, por ser soberana, la nación también debe ser dueña de su destino, lo cual la hace posible sin por ello implicar independencia.

De ahí vienen las dos problemáticas centrales de este trabajo: por una parte, la instauración de la política moderna; por otra parte, la definición de la identidad nacional. Dos problemáticas particularmente complejas, puesto que más allá de algunos escasos precedentes —de los cuales se hizo luego gran despliegue—, en 1808 nada presagiaba una fuerte aspiración a la modernidad política, ni mucho menos una reivindicación de la identidad tan fuerte que exigía la independencia.

Ambos procesos fueron consecuencia de esta crisis inédita que sacudió a la Monarquía en su conjunto tras la invasión napoleónica a España y la abdicación forzada de Fernando VII. Esta inesperada crisis explicaba a la vez el recurso a la nación como suplencia de la legitimidad real y la dificultad para definirla. La dificultad era doble puesto que atañía tanto a la composición elemental de la nación —la ciudadanía— como a su relación

con las unidades políticas que componían la Monarquía. Ambos problemas se hicieron candentes a partir de la primavera de 1810, cuando en América se formaron Juntas autónomas en nombre de la reversión de la soberanía al pueblo. Y es que ese pueblo que precedió a la nación resultaba aún más ambiguo que ella, al oscilar constantemente entre lo abstracto y lo concreto: abstracto, en tanto principio de legitimidad; concreto, con una profusión de sentido cuyo centro eran las ciudades y villas. El «pueblo» que asumió la soberanía fue ante todo esos «pueblos», y el plural que se utilizaba en esa época revela claramente hasta qué punto éstos fueron piezas ineludibles en la futura arquitectura de la nación.

La tensión entre el carácter único del pueblo legitimador y la realidad plural de los pueblos —cabezas de provincias— es una de las claves esenciales para comprender la construcción de la nación. Véronique Hébrard la utiliza con pertinencia a todo lo largo de su trabajo. Así, en el primer Congreso constituyente vemos a los diputados, modernos representantes del pueblo soberano, hablando y actuando también como mandatarios de sus pueblos, en calidad de tales, negociando el puesto que estos pueblos deberán ocupar en la nación. Al final de ese período seguimos viendo a los pueblos asumiendo un papel de primer plano en la disolución de la Gran Colombia. Hasta 1830, y quizás más allá, estos pueblos fueron los principales artesanos de la construcción de la nación y, a la vez, el principal obstáculo para su definición moderna como una comunidad de individuos.

Por cierto que no fueron los únicos pues, aunque los pueblos siguieron siendo por mucho tiempo el lugar por excelencia de lo político, otros actores y otros problemas también irrumpieron en el escenario. El pueblo es desde luego los pueblos, las ciudades y villas, pero dentro de éstos ¿quién es pueblo? ¿La *sanior pars*, el patriciado, conforme al imaginario antiguo? ¿La población libre, en su conjunto, incluido el bajo pueblo de los blancos de orilla, los pardos y los negros libres? El tema de la ciudadanía está presente en todo el período; es un indicativo valioso acerca de los actores que intervienen en el juego político, de los intereses en juego en cada época, y de los modelos que inspiran a los constructores de la nación.

Desde este punto de vista, la gran novedad de aquel período fue el surgimiento de una nueva categoría de actores, destinados a un muy largo porvenir: los hombres en armas. Los análisis de la autora sobre las relaciones entre civiles y militares aclaran la complejidad de un problema que, más allá de la simple relación de fuerzas, remite a los modelos políticos aplicados sucesivamente. El ideal del ciudadano-soldado revela el carácter urbano de la política de la Primera República venezolana y también el

apego a la *Polis* como la forma más acabada de la naturaleza social del hombre. Pero la guerra —una nueva guerra, de extraordinaria violencia— relegó este ideal patricio a un segundo plano al movilizar a una masa de hombres de baja condición. El ciudadano-soldado dio paso al soldado, y la defensa de la patria en peligro transformó al soldado, cualquiera fuera su origen, en ciudadano. Se convirtió incluso en su encarnación, en aquellos períodos críticos en los que los ejércitos bolivarianos transportaban la patria con ellos.

La compatibilidad entre ese soldado-ciudadano y el régimen representativo que las élites se esforzaban por construir no dejará de ocupar un lugar central en la reflexión política. La época independentista legó a los nuevos Estados un problema que fue insoluble por mucho tiempo: la manera de conciliar lo que la autora llama, con mucha razón, la necesaria «civilización de la política», y la muy arraigada «militarización de la memoria». A la sombra de los próceres, la «libertad de los Antiguos» amenazaba a la «libertad de los Modernos».

A todos estos problemas de ingeniería social y política se agregan los que se derivan de la indefinición de la identidad de la nación. ¿Cómo se convierte «una parte integrante» de la Monarquía hispana en una nación independiente? A falta de una identidad cultural bien establecida, el hecho de separarse de la antigua metrópoli sólo puede justificarse reivindicando una identidad esencialmente política: ser una comunidad soberana y libre a la cual se agrega un patriotismo basado en la oposición amigo-enemigo. Fueron estos elementos los que hicieron posible la constitución de la Gran Colombia, pero lo general de su carácter los incapacitó para superar la inmensidad de los espacios y la diversidad regional de los actores y los intereses. Así, el debate constitucional osciló constantemente entre dos polos opuestos. Por una parte, una concepción universalista de la Constitución y de las leyes, a fin de elevar a la nueva nación al rango de «naciones civilizadas». Por otra parte, la aspiración de adaptar al máximo las leyes a las realidades concretas muy alejadas de ese ideal. En la práctica, ganó la primera concepción, lo cual suscita esta observación sorprendente que aclara la realidad retórica de la nación: basta con cambiar el sujeto de la frase para que el mismo discurso le sirva sucesivamente a la Gran Colombia o a la «antigua Venezuela» convertida de nuevo en nación en 1830.

En esta fecha bisagra que, injustamente, luce como un retorno a la cabilia inicial, es donde se detiene este trabajo cuya riqueza no pretendemos agotar aquí. La «nación a través del discurso» es a la vez un enfoque y los

resultados de este enfoque. La nación de aquellos tiempos de los orígenes sólo puede captarse a través del discurso, pero también se construye a través del discurso. Es al mismo tiempo una figura discursiva, sujeta a todas las variaciones inducidas por contextos y épocas diversas, y un modelo ideal dotado de un extraordinario poder transformador.

*François-Xavier Guerra*  
Universidad Paris I-Sorbonne  
Abril de 1996